

MUERTE DE UN TAXISTA

Omar Arrieta Chavarria



«Cuando un diablo me bota un ángel me levanta»

Era difícil para él tener un sueño. Imaginar una aventura amorosa bajo aquella luna grande y seca como papalote que aparecía cada mes en esa ciudad polvorienta. Delirar de amor bajo aquel sol de abril, de semana santa, con el encuentro de los santos en la esquina de la gobernación. Era más fácil para él soñar con el antiguo escenario de la última cabalgata de Cristo, sobre la vieja mula, que el resto del año deambulaba por el barrio tocando puertas.

Amar gota a gota; peliaguda tarea cuando todo ardía en el sudor de los transeúntes y de los que se sentaban bajo la sombra de algún almendro de aquella ciudad deforestada, esperando el milagro de resucitar un domingo de gloria. Arduo, cuando diariamente tenía que madrugar para recorrer las calles como un loco, en esa cafetera caliente, humeante, vaporosa, y para peores, ajena. Cabrona vida parapetada de insultos a cada minuto en cada esquina. La misma locura que le había permitido fijarse en los veinte años de María Luisa, en su piel morena y sus labios gruesos.

Muchos años atrás, cuando en la blanca ciudad había dos cines y la Banda Municipal ofrecía dos conciertos los domingos, se había casado con la Juana Ortega. Recordó la tarde que la besó delante del cura, mientras ella miraba una bandada de zanates asustados, volando detrás de sus tristes ojos negros, y se quedó callada. Ella le dio seis hijos y esa fe cotidiana en ganar la lotería.

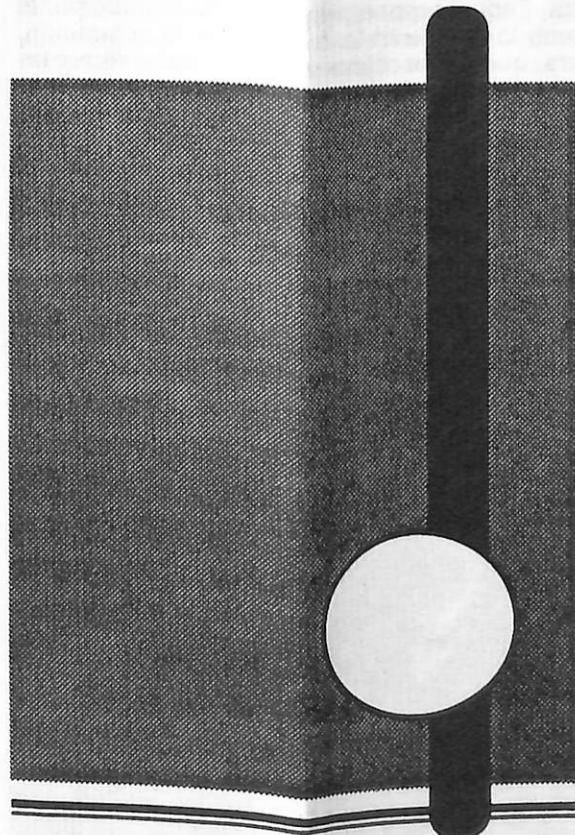
Recoger clientes, aún en aquella ciudad adormecida por el cascajo, le permitía entretenerse con los chismes del vecindario, o del país. Las mentiras, porque después de tantos años de vivir con la Juana comenzó a entender que todos vivían más de las mentiras que de los sueños o, quizás, los sueños se convertían en mentiras que iban acurrucando cada día; embrujados por los discursos de los candidatos que iniciaban la campaña al día siguiente de haber sido derrotados; capturados por los hijos de los presidentes que llegarían a ser presidentes o ya lo eran; engatuzados por lo que la T.V. decía del Golfo Pérsico. ¡Putá radio que sólo mentiras dice!, pensó en voz alta, mientras esperaba en una esquina a que apareciera María Luisa.

Así se vio en el noticiero, más bien su carro porque no había rastro alguno de él. La sangre (después la policía comprobó que era de zorro), y el pedazo de camisa, hacían sospechar que lo habían matado y que probablemente existía una conexión entre su muerte y el secuestro de San Carlos. Esa noche, mientras él dormía, supo que había comenzado la madre de todas las batallas, y se vio, como soldado yanqui, en la cabina de aquel avión de guerra mirando a George Bush que cargaba a Satán sobre sus hombros. El paladín de la libertad con el Diablo a cuestas pensó el soldado. Los F15 al este de Bagdad partieron de Dharam y Riad. Las espadas de Wisconsin y Missouri habían iniciado la tormenta del desierto y él volaba allí con ellos. Luego, miró su rostro con nostalgia, ahora convertido en un joven guerrillero árabe, y experimentó de nuevo su nacimiento en la aldea de Takrit, su infancia de campesino huérfano como pastor de ovejas. La noche de su arribo a Bagdad. El día que ametralló el vagón en que viajaba el presidente Kassem. La tarde que llegó al Cairo como héroe, a los veintidós años. Sintió el olor de las islas del estrecho de Ormuz y el mar de Persia. Recordó su compromiso con el Yihad. Pero ¡cómo apostar a una guerra santa! Si yo nací en San Roque de Liberia. Pensó por un momento, sobresaltado en las almohadas. A las cuatro de la mañana todavía el único vendedor de alfombras de Bagdad perseguía a los periodistas rubios que caminaban por las calles cercanas a la universidad de Mustansiriya, por los jardines y olivares del Califa, de la ciudad violada y abatida desde el siglo XIII. Y él allí, manejando su cafetera roja, trasladando reporteros grin-

gos de un lugar a otro, sin poder reconocer los almendros ni los zanates del parque, y aunque conducía con la pericia de un taxista que conoce su ciudad, las calles le parecían ajenas vistas desde la cabina del F15, en donde estaba de nuevo como soldado yanqui. Su sueño se iba desvaneciendo mientras escuchaba aquella voz que le decía: «Seguiremos rezando frente a la pantalla del televisor para que haya pocos muertos», era Bush consolándolo, tras el fuego antiaéreo de los árabes. De todas formas, los que nos hablan de Vulcano saben que el dios de la guerra protege a los aliados como me protege a mí, pensaba mientras recorría la vieja Bagdad en su taxi que de pronto se le convertía en la mirilla del bombardero, y veía, de nuevo delante del ojo telescópico, al Presidente con los cuernos de Satán.

Ahora contemplaba esa luna «llena de placer» bajo las sábanas blancas, en tanto ponía su mano en el pubis de la María Luisa, y se detenía frente al rostro corronguísimo de la periodista que le sonreía y le guiñaba uno de sus ojazos azules, al despedir el noticiero con una pose de «gorda de película de Fellini». Allí era feliz por primera vez en mucho tiempo, con una hija de aquella ciudad «de mujeres bellas que saben amar». En un rancho cercano a la frontera, exponiéndose a que lo secuestrara oníricamente, otra especulación noticiosa de exguerrilleros. Era el riesgo con el que soñó siempre y nunca había querido correr bajo aquella luna de «Chu» Bonilla, por miedo a que lo vergueara la Juana Ortega o le cortara la cabeza algún loco que no podría ser de ese país, porque allí no hay de esos que se ensañan con un muerto, según los sicólogos del Organismo de Investigaciones Judiciales.

La segunda noche durmió soñando con los pezones duros de María Luisa, viviendo en una ciudad antigua; flotaba con su princesita sobre cascajales y flores calcinadas, disfrutando de inimaginables tardes. ¡Qué carajo! -pensó en un momento de insomnio- claro que tener que dejar el taxi, la ciudad y salir corriendo a la frontera, me dolió. ¡Y quién dice que no me llevó la porra sin mis hijos! Pero no hay que alarmar la cosa, por más noticias que saquen; total, valía la pena el sacrificio -dijo buscando en la oscuridad los labios frescos de su amante. Mientras su mujer -la del beso y los zanates- ahora lloraba con su prole en el novenario de su muerte.



DOS VECES VEINTICINCO

Luis Ferrero

En los últimos días me he pasado relejendo a Martí esperando encontrar respuestas a algunos conceptos básicos que me inquietan. Los busco porque ahora se está tambaleando mucho de la costarricense que me parecía firme e intocable. Por eso, últimamente me la paso ordenando tiempo y espacio acontecido.

De pronto sonó el teléfono. Se me invitaba a celebrarle a Alfonso Chase sus dos veces veinticinco. Se me informó que el acto sería en nuestra Casa de México, nuestra querida casa porque siempre es lugar de juntar y querer, para usar una expresión martiana. Y me imaginé a los amigos de Alfonso cantándole unas cálidas mañanitas aunque faltasen horas para quebrar el alba.

Aquí estoy para agradecer a Alfonso todo ese valioso trajinar y pelear por los caminos de la cultura. Y junto a su obra escrita que ya es bastante, Alfonso siempre está alentando a jóvenes, peleando por dignificar a muchos de nuestros valores, para agrupar en un sentido noble lo que el tiempo viene fragmentando. Y como su corazón niño aún vive en las tierras maravillosas de la Alicia de Lewis Carroll, buena cosecha ha aportado de lecturas para niños. Y así, día a día, creo que desde 1966, ha venido regando el *Libro de la Patria* para que nuestros jóvenes no se pierdan en soledad y laberinto en sus horas de duda. El deseo que hablen ejemplares.

Soledad y laberinto son conceptos y representaciones que desde el viejo solar español llegaron al Nuevo Mundo, a nosotros los americanos. Pero en Alfonso estos dos polos representan categorías vivenciales:

La soledad es la soledad creadora de cuen-



tos, poemas, novelas, inquietudes mordaces e ideas justicieras que están en sus libros *Los reinos de mi mundo*, *Arbol del tiempo*, *Juegos furtivos*, *Las puertas de la noche*, *El libro de la Patria*, *Los pies sobre la tierra*, *Fábula de fábulas*, *Obra en marcha*, *El tigre luminoso*, *La pajarita de papel*, *Entre el ojo y la noche*, *Historias de las tierras del tigre de agua y el colibrí de fuego* y muchos más que nos comprueban que él, en su vena crítica, busca la autenticidad del ser humano contemporáneo inmerso en problemas urbanos y enfrentamientos ideológicos.

El laberinto en él es la mezcla de sangres que lo lleva a tener mente abierta a lo local, y a la vez, a lo universal.

Por esa mezcla de sangres, Alfonso está bien pertrechado para entender a Martí o a Sefirio, a Dostoyevski o a Kafka, a Tolstoi o a Whitman. Y por esta mezcla de sangres siente al unísono con ellos, en el trato de las culturas, los rápidos desplazamientos interculturales que en él se operan enriqueciendo su capacidad de producción.

Pero sobre todo, soledad y laberinto resumen una actitud fundamental, son términos religantes como actitud generosa y deliberadamente abierta hacia lo foráneo, quedando al acecho de lo que él, desde su propia cultura puede ofrecer y entregar, a lo que consciente de lo parcial y deficiente de la propia cultura, él puede recibir como ofrenda de los otros. Por esto, en Alfonso hay un pluralismo de hecho, en un pie de igualdad plena sobre la base de lo universal. Y todo, porque en Alfonso es una instancia moral en cada una de sus decisiones. Lo decisión cae siempre de lo que se ofrece como independencia o de lo que como tal se distingue y como siempre, independencia significa expresar enjuiciamientos por cuenta propia. Y es que Alfonso es un temperamento que no se doblega de buen grado, ni se amilana ante la agresión.

Y en Alfonso, junto a la universalidad hay la fidelidad a la identidad americana no como dimensión metafórica. Se puede estar cerca de una cosa y mantener, sin embargo, una distancia planetaria con respecto al objeto. Y creo que tuve la suerte de ser testigo de cómo fue creciendo en Alfonso esa fidelidad americana.

Entonces él era un chiquillo vivaz, fogoso, inquieto, cuando iba acompañando a su señora madre a la oficina del «Repertorio Americano». Y allí Alfonso oyó aquellas pausadas palabras con que don Joaquín nos iluminaba. Palabras sencillas como dichas en la cocina, mientras se sorben tragos de café o agudulce.

Más tarde, ya pasada la adolescencia, vino Chavela, nuestra querida Carmen Lira. También vinieron lecturas fermentadoras en las que asumió como sujeto, tanto el plano histórico-político como el plano filosófico y creativo. Y esto no es casual pues lo llevó a la amancia y a la defensa de la Costa Rica auténtica que se le escamotea ahora a los jóvenes. Y esto no es casual puesto que la interrelación desencadena fuerzas liberadoras de las que puede surgir la necesidad de instaurar un nuevo modo de pensamiento.

También quiero recordar aquí otra faceta de Alfonso: la ansia creadora con el color. Y esta ansia cuajó en una exposición de sus creaciones pictóricas en las que Alfonso nos resultó más audaz que muchísimos pintores.

Amigo Alfonso:

Empecé citando a Martí. Al agradecer tu labor en tus primeros cincuenta años de vida, al desearte felicidades, solo se me ocurre recordar el poema martiano que dice: «Cultivo una rosa blanca para el amigo sincero que nos da su mano franca». Y te entrego mi rosa blanca de mi cariño y gratitud. Gracias, amigo, y con un abrazo sello esta celebración de dos veces veinticinco.



EL MUNDO DE ALFONSO CHASE

Graciela Moreno Ulloa

Lo que nos hace reunirnos para estar con Alfonso Chase es su mundo. Algo que se relaciona con su infancia y ese Cartago nostálgico que él tan bien ha logrado crear para nosotros. Todos los que lo conocemos, desde años, sabemos que su vida ha estado dedicada a la cultura, a la literatura, pero sobre todo a descubrirnos el mundo personal de sus aspiraciones, de sus sueños y sus realizaciones. Un mundo que Alfonso nos brinda no sin cierta nostalgia, sentido del humor y profundo conocimiento de que al compartirlo lo está sacando de su memoria para convertirlo en poemas o cuentos.

Los que queremos a Alfonso Chase, y que estamos esta noche con él, sabemos también que ese mundo que él nos ha creado es parte de nuestra historia, que él cree reflejar en lo que escribe. En esa capacidad que tiene para estar y desaparecer cuando uno menos se lo piensa. Desapariciones que son cuidadosamente preparadas para proteger el mundo de su soledad, haciéndonos creer que se aleja, pero que siempre está allí, aquí, en su propio sentido de la distancia y el afecto que él dice que nos profesa y que

nosotros sabemos real pero también producto de su fantasía.

Tengo la idea de que Alfonso Chase vive en una burbuja que viaja por todos los contornos de su propia historia. Del Cartago en donde transcurre su infancia, con sus familiares, sus afectos y paisajes. Ese mundo que da forma a sus primeros escritos que pareciera ser una constante en lo que hace y deshace al través del tiempo.

Quisiera rescatar y tener con nosotros esa idea de la infancia de Alfonso, que es parte nuestra porque él supo convertirla en poema, en cuento, en fantasía hecha verdad. En esa capacidad suya de fabular y de estar en la palabra y no evaporarse en la memoria. A ese Alfonso que viaja en la burbuja del tiempo, que nos acerca y nos reúne, pero al cual vemos aparecer y diluirse es al que celebramos en lo que él dice es su cumpleaños. Pero quizás, como poeta, sea en realidad intemporal y esta noche está con nosotros como ha estado siempre. Sin edad, sin tiempo. Adentro de la burbuja de lo fantástico que es su propia trayectoria.

(Fragmento)

BRINDIS POR CHASE

Gerardo César Hurtado

En el recuento de mi obra dispersa encuentro dos ensayos sobre Alfonso Chase. En uno de ellos escribo: «Hay relatos que intentan acercarse al retrato, a la confesión, a la detallada angustia de esos personajes de barriadas... las tragedias nimias y los sucesos familiares, todo esto inmerso en la cultura tica, tan cotidiana como el chayote...» (*Universidad*, junio de 1975), también en el segundo ensayo señalo (refiriéndome al *Libro de la Patria*): «que la poesía de Chase mantiene equilibrio en la forma expresa que produce la imagen, golpea, ahonda, penetra como con escalpelo los niveles sensoriales, la latitud e importancia de lo que intenta darnos como poesía..., es vital, recurrente a un amplio vocabulario y a una búsqueda, sino interior, personal, de sí mismo, como credo o autodefinición que se aleja de un orden establecido entre nuestros poetas y sus poemas» (*Prensa Libre*, 3 de setiembre, 1976). Estos aspectos vienen a la memoria porque encuentro en Alfonso una decidida vocación que lo hace retomar algunos caminos ya elaborados, pero llenos de posibilidades en el orden de lo estético; su poesía, evoluciona desde *Arbol del tiempo* al *Tigre luminoso* como una forma de encontrar en las palabras el don preciado de una inspiración que ubica su forma de escribir como el rapsoda que canta la *Ilíada*; me explico: Chase somete el lenguaje a sus propios límites y determina una sucesión de imágenes que habitan en nosotros, que son recurrentes al espacio social y a la dialéctica de la vida. Tengo presente que su escritura es elaborada desde las jóvenes influencias y confluencias que solo la alquimia del verbo nos transparente zonas inhóspitas de nuestro equilibrio emocional y perduran como imágenes de la influencia, de las crisis juveniles, de los aspectos metafóricos de las vivencias de una generación que en cierto modo se ha perdido. Pero encontrémoslo en su escritura. Siempre he tenido admiración, distancia, respeto, a sus palabras. El convierte las vivencias poéticas en un reducto fantasmal de la poesía política. Todo poeta realiza su poesía sin pensar en lo político, pero sus metáforas, sus imágenes, pueden ser un arma de futuro. Por eso lo admiro en Rilke, en sus lecturas de Proust, de ese Marcel tan amado entre el té y las magdalenas, en Virginia Woolf, atesorando los recuerdos de un remoto pasado a través del flujo de la conciencia, en su admiración por los poetas mayores: Baudelaire, Saint-John Perse, Montale, Paz, Neruda, Villaurrutia, Pacheco, otros, otros que le suscitan sus evocaciones mágicas y lo motivan a escribir. Es decir, la constancia en la segura palabra, ejercida como si tocara la fibra de los más íntimos, sus amigos allegados, sus patrias lejanas. Hay en Chase una explicación explorativa del acontecimiento literario, porque él siempre se ha acercado a todos los escritos, con humildad para elaborar teorías y determinar decretos poéticos que a muchos nos sorprende por su sabiduría y su parsimonia, su ritmo, sus cadencias poéticas y su altura, porque así nos imaginamos a los escritores: resguardados ante la impertinencia de los años, las tempestades literarias, los golpes inusitados de la solidaridad, la suerte, los premios, las manías, las tendencias preponderantes de la política, los aciertos literarios (*Los juegos furtivos*, *Las puertas de la noche*), los silencios y sus obras que no serán postergadas, en la inmisericorde trampa del olvido. Es más, considero a Chase como un asceta literario que ha sabido encaminar a los escritores menores en artes mayores. Su literatura alcanza a expresar de cierto modo el descontento de un grupo de escritores que siguen la tradición literaria y ha sabido rescatarla para preservar la memoria y matar el olvido; su labor ha sido responsable y dinámica, celebrada y ennoblecida por su desinterés. Es un escritor que sigue al tanto del tiempo, como si buscara una identidad del padre en sus obras escritas. El contexto de su estética puede abarcar una ilimitada función de la voz poética y una forma que no se deja vencer por la dificultad de expresar el alma del pueblo que lo vio nacer, sus dones literarios no olvidan a los personajes que nos hacen reír, como condición de la esperanza, a aquellos que él ha retratado en el jardín de las delicias terrenas, y en el infierno de Rimbaud. Poeta que como niño fue terrible. Deseo pues, delimitar los alcances de un retrato incompleto, porque todavía tengo ansias de su amistad completa, de su énfasis por rescatar los valores de un país que en cierto modo transita por sus libros; en las imágenes súbites de su léxico poético, en el itinerario de sus viajes de exploración y atrevimiento. Gracias Alfonso por estar con nosotros, por darnos la mano y la motivación de exigir más a las letras, a la escritura, al recurso tácito de que en cierta forma debemos una sílaba al asombro, en estos años cruciales de la posmodernidad. Y a lo mejor Chase es posmoderno.



MIS PRIMEROS CINCUENTA AÑOS

Alfonso Chase

Mis primeros cincuenta años no son más que dos veces veinticinco. Un punto de llegada y un sitio de partida. Un espacio de reflexión para mirar lo ya vivido y despreocuparme de lo que sigue. Como la auténtica personalidad no termina nunca de madurar, para que siga siendo humana, uno en realidad no cumple años sino vive en ciclos, determinados por acontecimientos y sucesos, personas y paisajes que son los que marcan nuestra vida en la doble percepción de lo auditivo y lo visual.

Pueda que ahora se termine un ciclo, o empiece otro, o más bien las cosas están estáticas, resumiendo su propia reflexión para romper en otras ideas, que nunca son las anteriores por el milagro de la dialéctica o por la propia voluntad del ser humano y en cuya novedad reside la posibilidad de estar vivo en su perenne mutación.

Pero toda reflexión se estrella contra la realidad inmutable de lo vivido como experiencia. De allí que yo parto de la imagen visual y auditiva de ser en tres espacios: el mar de mi infancia en Golfito, la calma de la provincia en el Cartago de los años cincuenta y la verdad inmutable de la ciudad, Hatillo en este caso, los Barrios del Sur en un amplio conglomerado de estancias, las cuales definen de manera apreciable lo que soy y lo que represento en la escritura, y en la definición mental de lo que uno es en su propia identidad como persona.

Antes que tener familia tuve hogar, casa, espacio definido por la presencia de mis padres y todo lo que componía el núcleo accesorio de vivir en conjunto, en la realidad de disfrutar de jardín, patio, paisaje y aire que fueron míos por propia decisión, como lo fuera el empezar a escribir como una forma de acceder a mi propia compañía. Todo el hogar estuvo siempre definido por el sentido de ser entre las cosas: cultura, educación, arte, que son los objetos sobre los cuales recreo las primeras miradas, sacando de las sombras figuras, del silencio voces, de la luz nuevas presencias que fueron mis acompañantes en ese lugar en donde la creación se convierte en murmullo y la palabra en testimonio.

A diferencia de otros autores yo empecé a escribir para acompañarme yo mismo, descubriendo dentro de mi cuerpo a otra persona que argumentaba y creaba conmigo mismo, pero que a veces se alejaba. No tuve una idea clara para quién escribía como no fuera para mí mismo, y



necesitaba hacerlo para seguir existiendo, antes y ahora.

Lo que de allí salió, en el paso del tiempo, no tiene otro propósito que comunicar ese instante de lucidez en el cual los dos seres que en mí conviven adoptan un sentido de complementariedad. Quizás por eso lo que escribo se encierra en el deseo de expresarlo antes de que pueda ser comprendido y en realidad mi obra, escrita para una inmensa minoría, sigue siendo comprendida solo por un posible lector que da forma a todos los que se interesan por saber lo que pienso y proyecto en las palabras, que son las únicas que tengo y que logro hacer colectivas por la magia de la empatía.

La conciencia de la soledad, o la escisión entre dos seres complementarios, uno mudo y el otro artista, dio forma a lo que me caracteriza como ser humano: la solidaridad. Por ella entendí que el sentido de la escritura escapa del solipsismo para convertirse en verdad social cuando es un espejo que recrea lo absoluto externo y lo íntimo que determina la libertad del escritor en buscar su estilo, su lenguaje, sus temas y sobre todo su lenguaje. Esta autarquía artística me ha permitido ejercer el sentido de la singularidad, la otredad, la marginalidad o la comunicación, porque toda la lucha por sobrevivir ha sido solo el deseo de conservar la identidad personal, escribiendo como un imperativo del placer que nos hace amar, comunicar, trabajar, descubrir, escindir sin preocuparme en absoluto de la opinión ajena, que por su propia importancia es siempre restrictiva.

Todo lo que he escrito se habría perdido en lo vacío sino fuera porque está construido sobre el sentido de darle forma a lo que pienso y siento como posibilidad humana. La única satisfacción del artista, y el que no lo es no entiende su propia importancia, es lograr una armonía mínima entre lo que escribe y lo que le da forma como persona. Esa individualidad define el oficio y el estilo de escribir más allá de los reconocimientos o los rechazos. Ser en las palabras. Vivir para crear. Trascender para clarificarse. Estas tres aseveraciones significan una renuncia absoluta, y radical, a todo lo que conocemos como espacio cultural, para construir, a partir de su interiorización, el espacio creativo, en el cual convive el escritor consigo mismo primero, con los otros después.

Cumplir medio siglo no tiene nada de extraordinario si se ha aceptado a la vida como un reto. Mi divisa preferida podría haber sido: *Contracorriente*. Con eso digo todo lo que pienso y vivo del mundo que me rodea.

Lo único extraordinario de todo es haber conseguido a pulso el espacio de libertad para ser yo mismo a pesar de los otros. Con mis propias flaquezas y aciertos. Pero siempre yo mismo. Sin claudicaciones. Sin compromisos falsos. Con responsabilidad interior y esperanza de maduración.

Es posición de combate y nunca de defensa.

Capaz de repetir, con plenitud, en público y en privado:
Señor, concédeme serenidad
para aceptar las cosas que no puedo cambiar;
valor para cambiar aquellas que puedo
y sabiduría para reconocer la diferencia.

19 de octubre, 1994



TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apdo. 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Mario Oliva Medina,
coordinador
Lic. Gerardo César Hurtado
Dra. Zaida Fonseca Herrera
Lic. Fernando Arturo Arce Vargas

MECANOGRAFIA:

Sra. María de los Angeles Segura
Carmona

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

DOS VECES 25: EN HOMENAJE A ALFONSO CHASE

Gerardo Morales

Conocí a Alfonso Chase una tarde de invierno de 1974. Desde entonces una amistad entrañable nos ha unido, en buenas y malas. Aunque hay una parte oscura de su vida que ignoro totalmente, conozco más o menos buena parte de su trayecto vital. Por referencia y por experiencia propia puedo afirmar que la vida de Alfonso está atravesada por lo mágico y lo mítico. La figura más querida de Alfonso es, significativamente, Merlín. Su vínculo familiar con los celtas quizás sea la razón por la cual Alfonso haga de la tradición mágica parte suya, pues conoce como nadie los libros oraculares y adivinatorios de las antiguas culturas. Es probablemente el único poeta costarricense que mantiene viva, en su propia carne, la tradición de la DIOSA BLANCA que estudiara su amigo personal Roberto Graves.

La poesía, la narrativa, el ensayo, el teatro, la pintura (que mantiene como un ejercicio íntimo) configuran una unidad en su proyecto creador. Un proyecto creador que aúna la tradición cultural de



occidente y nuestra propia tradición. Su obra ha sido siempre de ruptura, desafiando la vulgaridad del medio y la abulia imperante. Los estudiosos de su obra encontrarán que toda ella es la configuración de una unidad mítica; que cada fragmento se conecta con una fuente común, alquímica que le da forma, sentido y proyección.

Hace algún tiempo me contó Alfonso que un curandero le indicó que su cincuentenario iba a ser crucial en su vida; se iniciaría la etapa de plena madurez espiritual y creadora. Coincidió plenamente con el vaticinio. La reciente experiencia cumbre de Alfonso, que él llama *sanación* pareciera ser el punto de partida de la epifanía de sus próximos años.

Como homenaje a Alfonso, el Centro de Estudios Generales publica en este número los textos leídos en la noche del 19 de octubre de 1994, fecha de celebración de sus dos veces veinticinco. Pertenecen a amigas y amigos que lo aprecian profundamente.